

Ciudadumanada

Camilo E. Peña Porras
*Maestría Planeación Regional,
CIDER, Universidad de los Andes*

De células los órganos, de órganos los sistemas, de sistemas los hombres y las mujeres, de hombres y mujeres los pueblos..., las ciudades recreadas por pobladores urbanos que llegan sin quedarse a pinclar historias con zumo de limón para que sólo puedan ser vistas al quemar de una vela.

C. E. P. P.

Introducción

Hace algunos días, cuando visitaba una de esas tan famosas ferias que se llevan a cabo en nuestra ciudad, pensaba que en realidad para lo único que servían era para aglutinar ofertas y concentrar deseos. Hoy creo que mi visión era un poco reduccionista, aunque no del todo errada. Siento que además de reunir ofertas y deseos, son heterogéneas y ricas en sus facetas en la medida en que adquieren diversos significados generados a partir de la dinámica establecida entre el espacio objetivo y los hombres que las habitan. Vienen a mi mente esas «ferias de pueblo», que calcan y repiten durante un instante la esencia del espacio social y su cultura, renovando y enaltecendo con este acto el conjunto de interacciones que se configuran cuando mujeres y hombres habitan un lugar.

Como las ferias, las ciudades sirven al ser humano para reunirse, posibilitar encuentros y crecer a través de un ejercicio permanente de

diferenciación y consenso alrededor de las dimensiones de su vida. La ciudad, invención humana, sirve al proceso de exclusión del otro y su progresivo reconocimiento¹; permite, en otras palabras, aproximarse a la idea del sí mismo a través del hecho de que no todos somos iguales, idea que facilita la formación de la identidad individual y colectiva.

La ciudad nace de la mano y mente creativa del ser humano como uno de los instrumentos más sofisticados y polifuncionales al servicio de su integración/diferenciación biopsicosocial a un territorio²; surge si se quiere como una estrategia del hombre orientada en torno a tres funciones básicas: a) función de habitación: establecimiento de un medio que garantiza una dinámica de intercambio eficaz; b) función de espacialización: disposición espacial que soporta la red de relaciones sociales; c) función de sentido cósmico: organización del ambiente en torno de un centro material y simbólico³.

Como instrumento animado del hombre, medio y producto para su realización, es necesario saber que la ciudad cambia con la vida de sus habitantes a medida que apoya sus procesos de desarrollo. En otras palabras, los pobladores modifican la ciudad y cambian con ella, se transforman y transforman las dinámicas socio-culturales que se producen en su interior.

La ciudad se constituye entonces en un complejo entramado de interacciones que superan la simple coexistencia de componentes y se

¹Malaver, J. "La ciudad son los hombres, los hombres son la ciudad". En Giraldo, F. y Viviescas, F. (1996). *Pensar la ciudad*. Bogotá. Tercer Mundo.

²Saldarriaga, O. "Ciudad, territorio y memoria". En Arturo, Julián (1994). *Pobladores urbanos*. Bogotá. Tercer Mundo.

³Saldarriaga, O, op. cit.

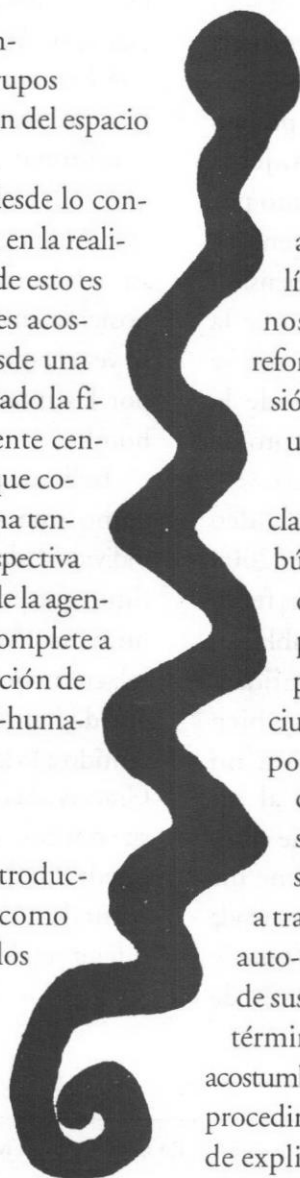
plantea como un organismo global que no admite escisión debido a su naturaleza, características y funciones. Por esta razón, el espacio urbano no puede ser comprendido ni explicado tan sólo como una estructura arquitectónica, económica, política o de servicios -salud, educación, empleo, etc.- que contiene gente; ni como una red independiente de relaciones entre grupos e individuos que se recrea al margen del espacio objetivo en el que se desenvuelve.

A pesar de todo lo claro que desde lo conceptual pueda parecer la discusión, en la realidad no es tan sencillo. Expresión de esto es la acción de los gobiernos quienes acostumbrados a pensar la ciudad desde una perspectiva sectorial han desdibujado la figura del ser humano como referente central de sus propósitos. Situación que comienza a transformarse a raíz de una tendencia que empuja a la naciente perspectiva poblacional a ubicarse en un lugar de la agenda política de nuestras urbes que complete a la perspectiva sectorial en su intención de proyectar el desarrollo de la ciudad-humanidad.

Ciudad: espacio compuesto

Inicio el texto con esta breve introducción ya que estoy convencido como Malaver⁴ de que «la ciudad son los hombres, los hombres son la ciudad», y que por ello es necesario diversificar las miradas que sobre ella se realizan. Son innu-

**Como las
ferias, las ciudades
sirven al ser humano
para reunirse, posibilitar
encuentros y crecer a
través de un ejercicio
permanente de
diferenciación y consenso
alrededor de las
dimensiones de su
vida.**



merables los científicos y no científicos que han versado sobre la ciudad —en este sentido mi aporte puede resultar modesto—; así mismo, no son pocas las disciplinas que se han aproximado al fenómeno. Sin embargo, siento que aún existe una infran-

queable, por ahora, brecha entre los dos grandes discursos sobre el espacio urbano: el de los «formalistas» quienes «privilegian la descripción del mecanismo, bien sea físico-económico, arquitectónico o político-cultural...»⁵, línea que reúne a los planificadores urbanos, economistas, arquitectos. Y los reformadores sociales quienes resaltan la tensión entre grupos o clases sociales exaltando un pensamiento romántico antiurbano⁶.

Sin entrar a juzgar los discursos, es claro que constituyen intentos de miradas, búsquedas tejidas desde diferentes frentes que pretenden discernir sobre la realidad para llevarla a la consciencia. Mi planteamiento se orienta a entender la ciudad como unidad integrada, si se quiere, por los elementos que componen los discursos mencionados; como un sistema complejo de interacciones entre sujetos humanos y lugares, que funciona a través de una estructura particular que se auto-organiza a partir de la dinámica misma de sus elementos. Asimilar la ciudad en estos términos no resulta sencillo, ya que estamos acostumbrados a fragmentarla para comprenderla, procedimiento que desvirtúa cualquier intento de explicación integral o global.

⁴Malaver, J, op. cit.

⁵Saldarriaga, O, op. cit., p. 102.

⁶Saldarriaga, O, op. cit.

Me cuesta un poco de trabajo aproximarme a textos que me hablen de ciudad en términos de red de servicios básicos, transporte, sistema financiero, infraestructura urbana, patrimonio arquitectónico, suelo urbano, equipamiento urbano, espacio público, oferta de servicios—salud, educación, empleo, recreación, seguridad—, etc. Creo que aún no me convencen aquellas visiones que se abstraen del mundo humano y adquieren vida propia, como lo señala Luhman⁷: «el derecho, la economía, la política, etc., funcionan dentro de la sociedad sin atender a la presencia de los seres humanos, con un nivel de independencia tal que parecen seguir sus propias reglas con independencia de los sujetos humanos». Pareciera ser que en el intento por objetivizar el mundo y trabajar con referencia a modelos, se quisiera dejar de lado esa dimensión subjetiva proporcionada por el afecto y la singularidad humana. Pareciera ser que se quisieran construir utopías alejadas de la “contaminación del hombre” pero en pro de él, lo cual resulta un poco contradictorio.

Hace algunos días, recordaba el video promocional del Plan Estratégico Bogotá 2000 y mi esfuerzo infructuoso de hallar en sus frases e imágenes al habitante de la ciudad; hablaban del transporte, la productividad, la seguridad, la competencia, etc. Conceptos muy bien elaborados, tanto que opacaron para mí cualquier posibilidad de encontrar al ser humano que supuestamente está tras de ellos. El video me desconcertó un poco pero no me resultó extraño teniendo en cuenta que la mirada administrativa de la ciudad tradicionalmente se ha acercado a sus habitantes a través de

programas y proyectos que ofrecen servicios en salud, educación, recreación, etc., o mejorando la infraestructura urbana por medio de la pavimentación de vías, la extensión de redes de servicios públicos, construyendo parques o levantando escuelas.

Pero resulta que la ciudad es más que concreto, ladrillos o una agregación de servicios. El espacio urbano «es un producto humano tanto de la sociedad como de los grupos y de los individuos que la componen»⁸. A través del cual se median las relaciones entre la naturaleza y el hombre y ellos entre sí, y donde mediar significa «servir de instrumento, condicionar, determinar, limitar, obstaculizar, canalizar, sugerir, expresar, callar, etc.»⁹. En estas circunstancias, el hombre está condicionado en su vida permanente y necesariamente por su posición en el espacio en que permanece¹⁰ y a su vez el espacio es transformado y resignificado por las interacciones que con él establece el hombre.

Bollnow define el espacio vivencial objetivo como una «creación (producción social e individual) de un ámbito (envoltura o continente) finito que permite el despliegue de la iniciativa humana»¹¹. Así es como el ser humano en relación con su entorno logra constituir una entidad unitaria indisoluble que adquiere sentido a lo largo de la historia de su formación. Gracias a la capacidad del hombre de significar su contexto, de dialogarlo a través del lenguaje, puede entablar una relación dialéctica con la naturaleza afectando los lugares y haciéndolos diferentes de su apariencia física¹².

⁷En Sarmiento, L. “Individualización, autonomía y ciudad”. En Giraldo, F y Viviescas, F (1996). *Pensar la ciudad*. Bogotá: Tercer Mundo.

⁸Cuervo, L. y González, J. (1996). *Industria y ciudades en Colombia en la era de la mundialización*. Copia mimeo, p. 130.

⁹Cuervo, L. y González, J., op. cit., p. 130.

¹⁰Bollnow citado por Cuervo, L y González, J. op. cit.

¹¹Citado por Cuervo, L y González, J. op. cit., p. 82.

¹²Malaver, J, op. cit.

Ahora bien, el espacio, como lo afirman Cuervo y González, acogerá un papel de producto o medio dependiendo de la cara que se le mire: «en su carácter intergeneracional (largo plazo) y colectivo (social), el espacio social es producto del hombre y de la sociedad. Al contrario, para cada generación (corto plazo) e individuo o grupo (individual) el espacio social es un medio preexistente, una restricción, una condición, un canal y un instrumento al cual se debe acomodar por su incapacidad de rehacerlo a su antojo»¹³. Lo anterior nos sugiere varios puntos importantes: a) se resalta el valor de la historia como proceso en el cual se construye el sentido de los espacios, b) se le otorga la responsabilidad a la sociedad como

dinamizador de los espacios, c) se reconoce el poder y la necesidad de que las nuevas generaciones utilicen los espacios para transformar la sociedad.

La ciudad espacio concéntrico, eje de fuerzas cósmicas, estructura organizadora y responsable de su autoordenamiento, evolución y permanencia; se constituye en el producto tangible de las representaciones de su sociedad y el sueño aún no realizado de los deseos de grupos humanos históricos que bogan por

futuros imaginados: «para el habitante de la ciudad, el espacio construido es al mismo tiempo objetivo e imaginario, y su uso está mediado por las características físicas e ideológicas que él posee, por la carga de valores, costumbres, hábitos y representaciones»¹⁴.

Perspectiva poblacional: completando la ciudad

El ser humano crea la ciudad y la pone a su servicio. Tucídides afirma que «el objetivo de la institución de la polis es la creación de un ser humano, el ciudadano ateniense»¹⁵. La ciudad como producto y como medio tiene una misión: la de recrearse a través de los sujetos humanos que engendra, lo cual implica educarlos para sí mismos y para la sociedad que los acoge.

Si es claro que «la ciudad es la gente», como afirma Sófocles es pensar al hombre y pensar al hombre es pensar la ciudad»¹⁶, resulta necesario hacer un esfuerzo porque las diferentes dimensiones (política, económica, cultural, etc.) de la vida de la ciudad, no adquieran vida propia –valga la redundancia– a tal punto de eclipsar al ser humano que las justifica.

¹³Cuervo, L. y González, J, op. cit., p. 131.

¹⁴Giraldo, F. (1997). *La política y la ciudad*, Bogotá, ESAP.

¹⁵Citado por Malaver, op. cit., p. 246.

¹⁶Malaver, J., op. cit.

Vale la pena entonces preguntarse qué significa la ciudad para una persona de 80 años en contraste con una de 15, cuáles son las diferencias, en qué se encuentran, cómo viven la realidad del otro y qué construcción nueva surge de la relación entre las dos visiones.

Como la ciudad, el ser humano no es una categoría abstracta e indescifrable; en ella se hace tangible a través de individuos, mujeres y hombres que recrean cotidianamente el espacio urbano haciéndolo para sí su medio y motor de impulso para el crecimiento. Estos hombres y mujeres tampoco son nociones genéricas y homogéneas a partir de las cuales se puedan concluir leyes universales; están constituidos, por el contrario, por sujetos niños, jóvenes, adultos y ancianos con historias diferentes y representaciones ricas en matices de acuerdo con la vida transcurrida. Vale la pena entonces preguntarse qué significa la ciudad para una persona de 80 años en contraste con una de 15, cuáles son las diferencias, en qué se encuentran, cómo viven la realidad del otro y qué construcción nueva surge de la relación entre las dos visiones.

Como afirmaba párrafos atrás, la ciudad le permite al hombre encontrarse consigo mismo a través de un proceso continuo de diferenciación y semejanza con el otro. Aproximarse a los diferentes grupos que habitan la ciudad, a fin de interrogarlos en sus representaciones e imaginarios, admitiría elaborar un mapa distinto de la ciudad, con el cual se trascendería el esquema de las vías, o redes de servicio público, dejando redescubrir la ciudad que habita el «alma» de sus ciudadanos.

No se trata entonces de dar al traste con las ganancias logradas durante varios siglos; se trata, como lo mencionaba al principio, de encontrar caminos a través de los cuales se viabilice la tan anhelada integración, donde el hombre en consonancia con la naturaleza pueda proyectarse como ser espiritual en progresiva evolución.

Impulsado por la Constitución de 1991, en Colombia se ha venido presentando una tendencia hacia la elaboración de documentos legislativos y la creación de espacios institucionales que tienen como función principal atender las especificidades de algunos grupos poblacionales como los jóvenes, las mujeres, las comunidades negras, etc. La atención a estos grupos se deriva de una serie de circunstancias aún por explorar, que han llevado a que éstos adquieran visibilidad en la agenda política del país. Algunos ejemplos son el Viceministerio de la Juventud y la correspondiente Ley de la Juventud, la Dirección Nacional de Equidad para la Mujer, la Oficina para Minorías Étnicas del Ministerio del Interior y la Ley 70 para Negritudes. Esta creciente tendencia que podría ser denominada perspectiva poblacional, entra al ambiente político y administrativo del Estado, haciendo contrapeso a la tendencia por tradición predominante, la perspectiva sectorial, entendida, en términos generales, como todas aquellas acciones dirigidas a la sociedad, partiendo de áreas como la educación, la salud, el trabajo, la

recreación, los servicios públicos, el equipamiento urbano, etc.

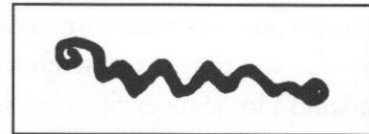
La «planeación» bajo el criterio sectorial ha permitido cubrir algún grado de necesidades; sin embargo se ha quedado corto a la hora de entender realidades específicas y proponer soluciones efectivas. Poblaciones como los discapacitados, los habitantes de la calle, entre otros, requieren de medidas que atiendan sus problemáticas a la vez que los integren al entorno social.

La perspectiva poblacional se hace presente en las políticas públicas, en principio por la insuficiencia de la perspectiva sectorial para responder a ciertas exigencias del entorno social y la necesidad práctica de transformar las acciones del aparato estatal en pro de una mayor eficacia en el mejoramiento de la calidad de vida de la gente; sin embargo, existen razones en el fondo que reflejan la urgencia de construir una mirada más totalizante de la realidad social y los grupos humanos que la fundamentan.

A pesar de que lo poblacional adquiere cada vez mayor importancia, adolece aún de una unidad conceptual que lo recoja y le permita plantearse con fortaleza frente a la perspectiva sectorial, ya que por ahora sus aportes sólo se remiten a lo que de manera fragmentada han desarrollado los expertos o interesados en cada una de las poblaciones. En pocas palabras, no se ha dado un espacio donde la reflexión sobre poblaciones se encuentre y debata puntos comunes y diferencias que sirvan de insumo para la constitución de un cuerpo conceptual que apoye las metas que desde lo poblacional se quieren lograr.

La apuesta es más sencilla en su formulación que en su ejecución. Consiste en dar sentido a ese enfoque poblacional a través del cual se pueden reconocer las particularidades de los grupos generacionales o étnicos –entre otros– como filtros que median la relación entre las personas y las dimensiones política, económica, social, cultural y ambiental¹⁷. Vale la pena aclarar que no se trata de desplazar a la perspectiva sectorial del ámbito de la planeación; esto sería como querer borrar la historia. Por el contrario, el esfuerzo va dirigido a articular una y otra perspectiva con el propósito de mejorar la lectura sobre la realidad de los sujetos humanos, de las ciudades, y en consecuencia orientar positivamente su desarrollo.

hojas Universitarias.....



¹⁷Ministerio de Desarrollo Económico. (1995). *Ciudades y ciudadanía*. Bogotá. Presencia.